

The background of the cover is a photograph of a woman in a brown, long-sleeved dress with a full skirt, seen from behind. To her right, a man in a dark coat is holding a long rifle. The setting is a lush, green forest with sunlight filtering through the trees.

Anthony
Trollope
Ojo por ojo

Fred Neville, joven y atractivo oficial inglés de caballería, se convierte en heredero de un título nobiliario y grandes posesiones, pero, pese a la oposición de su familia, pide poder pasar un año con su regimiento en Irlanda y «vivir aventuras» antes de asumir sus obligaciones. En Irlanda conoce a Kate, joven de buena familia pero escasos recursos, y se enamoran. La familia inglesa de Neville, sin embargo, no está dispuesta a que una irlandesa católica sea la nueva condesa de Scroope...

Volumen primero

Prólogo

En un manicomio privado del oeste de Inglaterra vive, y lleva ya algunos años así, una desventurada dama para la que hace mucho que dejó de haber la menor esperanza de que viva alguna vez en otra parte. De hecho, no le queda ningún allegado que pueda albergar tan indulgente esperanza para su persona. No tiene amigos, y su estado es tal que a ella misma no le importa en absoluto su reclusión, y ni siquiera susurra jamás que la liberen. Sin embargo, su cabeza siempre está activa, como sin duda es el caso de los dementes, y tiene presente, al parecer en todo momento consciente de su existencia, una cuestión que le suscita un intenso interés y sobre la que piensa con una constancia que nunca logra agotarla, pese a lo muy fatigosa que pueda resultar para quienes la rodean. Siempre está justificando alguna acción de su pasado: «Ojo por ojo —dice—, y diente por diente. ¿No es esa la ley?», y repite esas palabras a diario, casi de la mañana a la noche.

Hemos dicho que esta pobre dama no tiene amigos. Amigos que ansíen su recuperación, que quieran verla aun en su lamentable situación, que intenten aliviar su tenso corazón con palabras de cariño, no tiene ninguno. Es tal su estado en la actualidad, así como su temperamento, que cabe dudar que las palabras de cariño, por muy tiernas que fueran, pudiesen ser eficaces con ella. Siempre está exigiendo que la justifiquen, y como quienes la rodean nunca le fallan en eso, probablemente ya obtiene todo el consuelo que cualquier muestra de amabilidad podría darle.

Pero, aunque no tiene amigos —nadie que de verdad la quiera—, goza de todas las comodidades materiales que la amistad, o incluso el amor, podrían proporcionarle. Recibe todo cuanto puede hacer el dinero para aliviar su sufrimien-

to. La casa en la que vive está circundada por agradables jardines y apartados bosquecillos. Se ha acondicionado para albergar a personas adineradas, y provisto de todos los lujos de los que un maníaco sea capaz de disfrutar. A esta dama la atiende su propia enfermera, la cual, pese a ser corpulenta y autoritaria, es con ella amable de palabra y agradable de trato: «Sí, ojo por ojo, señora, sin la menor duda. Esa es la ley. Ojo por ojo, claro que sí». Repite la misma fórmula una docena de veces al día, o una docena de docena de veces, hasta el punto de que lo extraño es que ella misma no se haya vuelto loca también.

Que no tema el lector que le vayamos a pedir que pase algún tiempo dentro del recinto de un manicomio. No hay más que decir de esta morada de sufrimiento, pero sí que hemos de contar la historia de la dama que en ella vivía, la historia de su vida hasta que la locura la encerró entre esas paredes. Nadie de la institución conocía esa historia, a excepción de quien la dirigía.

1

Scroope Manor

Hace unos años, no importa cuántos, vivía el anciano conde de Scroope en Scroope Manor, su mansión de Dorsetshire. La casa era una construcción isabelina de ciertas pretensiones pero ningún renombre. No era conocida por los turistas, como lo son tantas de las residencias de nuestra nobleza y caballeros rurales. No se designaba ningún día de la semana para visitar sus excelencias, ni se creía que el ama de llaves se sacase sus buenos beneficios por enseñarla. Era un gran edificio de ladrillo que daba a la calle del pueblo —que daba al pueblo, esto es, en el caso de que la puerta de entrada de una casa sea el rasgo principal de su fachada—, pero en realidad el frente daba a sus propios terrenos y en él se abrían las ventanas de las principales estancias. El pueblo de Scroope consistía en una calle que se extendía desordenadamente a lo largo de kilómetro y medio, con la iglesia y la rectoría en un extremo y esta mansión solariega casi en el otro. No obstante, la iglesia estaba dentro del parque de la casa, y en ese lado de la calle, durante más de la mitad de su longitud, el alto y sombrío muro de los dominios del conde se expandía ante los dueños de las tabernas, los panaderos, los tenderos, los dos carniceros y los residentes particulares retirados cuyas casas casi contiguas hacían que Scroope pareciese más que un pueblo a los forasteros. Cerca de la mansión, así como cerca de la iglesia, se había permitido a unos pocos privilegiados que construyesen casas y cultivaran pequeños jardines que eran, por así decirlo, como muescas que se habían hecho en los terrenos de Scroope Manor; pero esas construcciones debían de haberse erigido en una época en la que los hacendados tenían muchos menos celos de los que sienten

ahora de tales invasiones por parte de sus vecinos más humildes.

El parque en sí era grande, y sus apéndices los apropiados para las posesiones de un conde, pero tenía poco de atractivo. El terreno era llano, y los árboles, que eran muy abundantes, no se habían plantado de manera que se agruparan de forma pintoresca. Estaba el bosque de la mansión, que abarcaba unas doscientas hectáreas por detrás de la iglesia hasta muy lejos del camino, y que atravesaban unas denominadas avenidas que no estaban preparadas para que las recorrieran ruedas algunas salvo las de los carros madereros —pues rodeando todo el parque había un ancho cinturón de árboles—. Esparcidos por los grandes espacios cerrados se alzaban solitarios robles, de los que se enorgullecía el viejo conde; pero, aun así, en Scroope Manor no había nada de esa esmerada belleza paisajística de la que los dueños de «lugares» de Inglaterra están tan justamente orgullosos.

La casa era grande y sus habitaciones espléndidas y espaciosas. Había un enorme vestíbulo en la esquina en que se hallaba la puerta principal. Había una vasta biblioteca llena de libros antiguos que nadie tocaba jamás —gruesos volúmenes de teología anticuada y ya totalmente inútil, y ediciones en infolio de los clásicos menos conocidos—, del tipo que ahora nadie lee. No se le había añadido un libro desde comienzos de siglo, y casi podríamos decir que no se había sacado ninguno de sus estantes para darle verdadero uso durante ese mismo tiempo. Había una serie de habitaciones, un salón y dos salas de estar, que en la actualidad nunca se abrían. El gran comedor se usaba de vez en cuando, ya que, conforme a las tradiciones de la familia, se servía en él la cena siempre que había invitados en la mansión. Sin duda no era muy frecuente que hubiese invitados en Scroope Manor, si bien ocasionalmente una o dos amigas pasaban alguna temporada con lady Scroope y, de tarde en tarde, se invitaba a cenar a los clérigos y señores ru-

rales de la vecindad junto con sus esposas. Cuando el conde y su condesa estaban solos, utilizaban una discreta sala de desayuno, y entre esta y el gran comedor se encontraba la pequeña estancia en que solía hacer la vida la condesa. La habitación del conde estaba en la parte trasera, o, si lo prefiere el lector, en el frente de la casa, cerca de la puerta que daba a la calle, y era, de todas las habitaciones de la mansión, la más lúgubre.

El ambiente de todo el lugar era lúgubre. No tenía ninguno de esos atractivos de creación moderna que ahora dan vida y alegría a las residencias de los ricos. No había mesa de billar en la casa. No había jardín de invierno más cercano que el gran y anticuado invernadero, el cual estaba junto a la huerta de la cocina y parecía ser propiedad exclusiva del jardinero. El papel de las paredes era oscuro y sombrío. Los espejos eran pequeños y carentes de lustre. Las alfombras eran viejas y apagadas. Las ventanas no daban a la terraza. El mobiliario apenas era antiguo y, aun así, resultaba anticuado e incómodo. Por toda la casa, y de hecho por toda la finca, había pruebas suficientes de riqueza, y sin duda no había ninguna de mezquindad, pero en Scroope Manor el dinero no parecía haber producido jamás lujo alguno. El personal de servicio era muy amplio. Había un mayordomo, un ama de llaves, varios lacayos, una cocinera con muy buen sueldo, auténticas hordas de doncellas para atenderse las unas a las otras, una colonia de jardineros, un cochero, un mozo de cuadra principal y varios subalternos. Todos vivían muy bien a las órdenes del viejo conde y eran conscientes del valor de sus privilegios. Tenían mucho que ganar, y casi nada que hacer. Un sirviente podría vivir para siempre en Scroope Manor con tal de que fuese lo bastante sumiso con la señora Bunce, el ama de llaves. Sin duda no había mezquindad en la mansión, pero la vida lujosa de la casa se limitaba a las dependencias del servicio.

Para un extraño, y quizá también para los residentes, esa idea de lo lúgubre del lugar se veía incrementada en

gran medida por la ausencia de jardín o césped cerca de la casa. Justo delante de la mansión, y entre esta y el parque, discurrían dos amplias terrazas de gravilla, una encima de la otra, debajo de las cuales iban los ciervos a pacer. A la izquierda de la casa, a casi cuatrocientos metros de ella, había una enorme extensión vegetal: jardines, huertos de verduras y otros de árboles frutales; todos feos, todos anticuados, pero que producían excelentes cosechas cada uno en su variedad. No obstante, estaban alejados y no se veían. De vez en cuando se llevaban a la casa flores recién cortadas, pero nunca rebosaba de ellas como las casas de campo de hoy día. Y no había duda de que, de haber querido lady Scroope más, las habría podido tener.

El propio pueblo de Scroope, aunque grande, estaba bastante aislado del mundo. En el último año o dos se ha inaugurado una línea de ferrocarril, con su estación de Scroope Road a menos de cinco kilómetros del lugar, pero en tiempos del viejo señor el pueblo se hallaba a casi veinte kilómetros de la estación más cercana, en Dorchester, con la que estaba conectada una vez al día por medio de un ómnibus. A menos que alguien tuviese algún asunto que hacer en Scroope, no había nada que lo llevase allí, y muy poca gente tenía asuntos que hacer en Scroope. De tarde en tarde, algún viajante visitaba el lugar albergando escasas esperanzas de hacer negocio. Una vez cada doce meses, un inspector del servicio postal iba a ver a la anciana y pletórica señora Applejohn, que regentaba la pequeña papelería y era conocida como la jefa de correos. Los dos hijos del señor Greenmarsh, el vicario, iban y venían de la vicaría de su padre al colegio Marlborough. Y, ocasionalmente, los hombres y mujeres de Scroope hacían un viaje a la ciudad de su condado. Pero le dijeron al conde que la anciana señora Brock, de la taberna Scroope Arms, no podría seguir manteniendo el ómnibus en activo a menos que él contribuyese a una suscripción para ayudar a su funcionamiento, y por supuesto que contribuyó. Si le hubiese dicho

su administrador que tenía que contribuir para que la señora Brock pudiese seguir llevando el gorro puesto, también lo habría hecho. Su Señoría daba doce libras al año para el ómnibus, y de ese modo Scroope no estaba totalmente incomunicado del mundo.

Al conde no se le veía nunca fuera de sus dominios, excepto cuando asistía a la iglesia. Eso lo hacía dos veces cada domingo del año; el cochero lo llevaba por la mañana y el mozo de cuadra principal por la tarde. Toda la casa sabía que el conde pedía a sus sirvientes que asistieran al servicio religioso al menos una vez cada domingo. Solo se contrataba a quienes fuesen o se dijera miembros de la Iglesia anglicana. No es muy probable que muchos inconformistas^[1] se perdiesen la oportunidad de semejante ascenso por culpa de algún pretexto frívolo relacionado con la religión. Más allá de esa petición, que al salir de boca de la señora Bunce se volvía muy imperativa, el conde apenas interfería en los asuntos de sus domésticos. Su propio ayuda de cámara llevaba atendiéndolo los últimos treinta años, pero, aparte del de este y el del mayordomo, casi ni conocía el rostro de ninguno de los otros. Había un guardabosque en Scroope Manor, que tenía dos ayudantes, y, sin embargo, desde hacía algunos años, nadie, salvo ellos mismos, cazaba en esas tierras. No obstante, siempre enviaban unas perdices y unos cuantos faisanes a la casa cuando, iracunda, la señora Bunce les comunicaba su opinión al respecto.

El conde de Scroope era un hombre alto y enjuto, y tenía algo más de setenta años en la época de la que voy a empezar a hablar. Aunque estaba muy encorvado, por lo demás parecía más joven de su edad. Tenía el pelo casi cano, pero los ojos aún muy vivos, y los rasgos apuestos y bien perfilados de su refinado rostro no se habían visto reducidos a la infirmitad por los estragos del tiempo, como les ocurre tan a menudo a hombres que son enfermizos además de viejos. De no ser por las largas y pobladas cejas, que daban cierto aire de severidad a su cara, y por ese

triste encorvamiento, todavía se le podría haber considerado un hombre apuesto. De joven lo había sido mucho, había brillado en el mundo, popular, querido y respetado, y había disfrutado de todas las cosas buenas que el mundo le podía dar. El primer golpe que padeció fue la muerte de su mujer. Le dolió profundamente, pero no llegó a aplastarlo por completo. Después también murió su única hija, al poco de contraer nupcias. Pese a su elevada posición, lady Blanche Neville hizo un matrimonio muy ventajoso, y su padre se hinchó de alegría y orgullo. Mas falleció sin hijos al dar a luz, y de nuevo él sufrió hasta casi morir. Todavía le quedaba un hijo, un joven sin duda insensato, derrochador y propenso a placeres malignos; no obstante, ya le llegaría la sensatez con los años, para casi cualquier derroche contaban con suficientes medios, y los placeres malignos podrían dejar de atraerle. El joven lord Neville era todo lo que le quedaba al conde, y por su heredero pagaba deudas y perdonaba injurias. El joven se casaría y todo iría bien. Entonces encontró una esposa para su muchacho; no tenía fortuna, pero era de uno de los mejores linajes del reino, además de hermosa y buena, y podría ser como otra hija para el conde. ¡Sin embargo, la respuesta de su muchacho fue que ya estaba casado! Había sacado a su mujer de las calles, y le ofreció al conde de Scroope como hija que reemplazase a la que había perdido a una espantosa prostituta pintarrajeada de Francia. Después de ese golpe, lord Scroope no levantó cabeza.

El padre se negó a ver a su heredero, y, en efecto, nunca lo vio. Dio instrucciones a los abogados de Londres de que se encargasen de los asuntos de dinero. El conde en persona ni daba ni negaba nada. Cuando había deudas — deudas por segunda y por tercera vez —, ordenaba a los abogados que hiciesen lo que a ellos les pareciera bien. Podían pagarlas siempre que lo considerasen conveniente, pero no podían nombrar a lord Neville a su padre.

Mientras estaban así las cosas, el conde se volvió a casar con la hija sin dote alguna de una familia noble, la cual no era joven, pues tenía cuarenta años cuando la desposó, pero aun así él le llevaba más de veinte. Al conde le bastó que fuese noble y, según pensó, buena. Y fue buena con él, entregada hasta casi el exceso. Era religiosa y abnegada; daba mucho y pedía poco; se mantenía en un segundo plano, pero estaba dotada de una energía extraordinaria para servir a los demás. Si de verdad se la podía llamar buena, lo podrá decidir el lector cuando haya terminado esta historia.

Y entonces, cuando el conde llevaba unos tres años casado con su segunda esposa, murió el heredero. Murió, y, por lo que a Scroope Manor respectaba, fue su fin y el de la criatura a la que llamaba su mujer. Se compró una renta anual para ella. El que tuviese derecho a llamarse lady Neville mientras viviera fue una triste necesidad impuesta por sus condiciones. Quedó claro entre todos los allegados al conde que nadie debía mencionársela nunca. Él daba gracias de que esa horrenda unión no hubiese producido ningún heredero. No volvieron a nombrarle nunca a esa mujer, ni hace falta que nos ocupemos más de ella en el transcurso de nuestro relato.

Pero, muerto lord Neville, era necesario que el anciano pensara en su nuevo heredero. Y es que en esa familia, aunque había mucho de bueno y noble, siempre se habían dado luchas intestinas, motivos de disputas en las que cada parte estaba convencida de tener la razón. Eran personas que respetaban mucho a la iglesia, que eran buenas con los pobres y que se esforzaban por ser nobles, pero no podían perdonar las injurias. Ni siquiera podían perdonar cuando no había injurias. El actual conde se había peleado con su hermano bien temprano en sus vidas, y, como consecuencia, se había peleado con todos los que pertenecían a su hermano. Este ya no estaba, pero había dejado dos hijos tras él; dos jóvenes Neville, Fred y Jack, de los cuales Fred, el mayor, pasó a ser el heredero. Finalmente se decidió que

había que llamar a Fred a Scroope Manor. Y allí acudió Fred, que era por entonces teniente de un regimiento de caballería; un joven apuesto y distinguido de veinticinco años con los ojos de los Neville y los rasgos bien perfilados de estos. Hubo un intercambio de amables cartas entre la enviudada madre y la actual lady Scroope, y al final se decidió, a petición de él, que seguiría un año más en el ejército y después se instalaría en Scroope Manor en su condición de primogénito. De nuevo se dijo al abogado que hiciera lo que correspondiese con respecto al dinero.

Hemos de decir un poco más sobre lady Scroope y con eso habrá terminado el prefacio a nuestra historia. Ella también era hija de un conde, y había sido muy querida por la primera mujer del nuestro. Lady Scroope le llevaba diez años, pero aun así habían sido grandes amigas, por lo que lady Mary Wycombe había pasado muchos meses de su juventud en medio de la penumbra de las grandes habitaciones de Scroope Manor. Eso le había permitido conocer bien al conde antes de aceptar casarse con él. Ella nunca había poseído belleza, ni apenas gracilidad. Era de rasgos fuertes, alta, y tenía el orgullo escrito con toda claridad en el rostro. Un intérprete de caras habría afirmado de inmediato que estaba orgullosa de la sangre que corría por sus venas. Se sentía muy orgullosa de su sangre, y estaba convencida de que una cuna noble era un regalo mucho mayor que cualquier fortuna. Era totalmente capaz de mirar con desprecio a un millonario advenedizo, de despreciarlo por completo en lugar de solo fingir que lo hacía. Cuando le llegó la carta del conde en la que le pedía que compartiese su penumbra, ella era muy pobre, y dependía de un triste hermano que odiaba tener esa carga. No obstante, no se habría casado con ningún plebeyo, por mucho que la edad y riqueza de este hubiesen sido las debidas. Ella conocía la edad de lord Scroope, conocía la penumbra de Scroope Manor, y se convirtió en su esposa. Por supuesto, se le informó de la historia del matrimonio del heredero, y supo

que no podría esperar que hubiese luz ni dicha en esa vieja casa gracias a los vástagos de esa nueva familia. Pero ahora todo eso había cambiado, y tal vez pudiese llegar a querer de verdad al nuevo heredero.

2

Fred Neville

Cuando Fred Neville llegó por primera vez a la mansión, el viejo conde tembló al salir a recibirlo. Del muchacho no sabía casi nada, y de su aspecto literalmente nada de nada. Su heredero podría tener un semblante mezquino, ser un joven que le diera motivos para avergonzarse de él, o tener un rostro en el que no se apreciara ninguna señal de su alta cuna; o, casi peor aún, también podría tener ese aspecto, mezcla de vanidad y vicio, que el padre había ido percibiendo gradualmente en su propio hijo, y que en él había degradado la belleza de los Neville. Pero, al mirar a Fred, se apreciaba que era un sujeto galante, un joven de los que a las mujeres les gusta ver por casa, bien formado, activo, ágil, seguro de sí mismo, rubio, de ojos azules, labios finos y pequeñas patillas, que pensaba poco en sus ventajas personales pero mucho en salirse con la suya. Por lo que respectaba al aspecto del joven, el conde no pudo menos que quedar satisfecho. Y con él, al menos en ese inicio de su relación, Fred Neville se mostró modesto y sumiso.

—Sé bienvenido a Scroope —le dijo el anciano, al recibirlo con majestuosa cortesía en mitad del vestíbulo.

—Le quedo muy agradecido, tío —contestó.

—Llegas a mí como hijo, muchacho, como hijo. Será culpa tuya si no eres para nosotros un hijo en todo.

Entonces, en lugar de decir nada, brillaron unas lágrimas en los ojos del joven que fueron más elocuentes para el conde de lo que lo podrían haber sido las palabras. Rodeó los hombros de su sobrino con un brazo y, de ese modo, entró con él en la habitación en que los esperaba lady Scroope.